

como en esto, en todo ocurre lo mismo; no se vé más que á los meridionales, no se oye más que á meridionales, y las lamentaciones de los meridionales no tienen límite, como no lo tienen las exigencias de usted. Un poquito de discreción, Bouloumier, ó concluiremos todos por darnos cuenta de que el Mediodía abusa; en cuyo caso, le rogaremos que se quede en su casa!

— ¡Allí se está muy mal! — contestó riendo el joven literato. — ¡Es bueno tener sol, pero no se puede vivir más que á la sombra! Tiene usted mucha razón, Parisot, al asegurar que la Administración pública de Francia está por entero en manos de meridionales. Todos los funcionarios del ministerio de Bellas Artes, grandes y chicos, son paisanos míos. ¿No es descorazonante ver que nada hacen en mi favor?

— ¿Qué es lo que usted pretende, en concreto?

— Una prebenda, bien retribuida, como las que disfrutaban otros compañeros. Un cargo de bibliotecario, con buena casa para habitarla, calefacción, alumbrado...

— ¿No pide usted alimentación?

— ¡Ahl! Si fuera posible! Pero usted reconocerá que es muy duro para mí, en la situación en que me encuentro, venir á darle á mi editor un sablazo de mil quinientos francos...

— Usted preferiría que fuese yo á ofrecérselos en una bandeja de plata...

— No me quedaría con la bandeja.

— ¿Y qué me va usted á dar á cambio de los mil quinientos francos?

— Tengo un libro terminado...

— Me debe usted ya tres, y, como se ha comido el importe de ellos, de seguro no los escribirá.

— Los escribiré, si tengo tiempo. Y tendré tiempo, si usted me da mil quinientos francos.

— Va ya — murmuró Parisot, con gesto displicente — ¡tómelos! Allá van... Pero conste que esta es la última vez.

Trazó dos líneas en una hoja de papel, firmó y dijo:

— Puede usted pasar á la Caja.

— ¡Palabra mágica! ¿Quién osó afirmar que los editores no tienen entrañas? Mire, Parisot, va usted á percibir inmediatamente los intereses de este anticipo. Voy á escribir un artículo acerca de esta Casa editorial, afirmando que es la única en que aun se guardan respetos á la literatura.

— ¡Vamos! — exclamó Treillard, levantándose

— Ya que veo á usted satisfecho, Bouloumier, me marchó.

— ¿Cómo está la señorita Barel? — preguntó el joven literato.

— Hace ya algún tiempo que no la he visto, — contestó Treillard, con cierto disgusto.

— ¡Bah! ¿Ha habido un eclipse en esa gran amistad? La señorita Florisa es una criatura muy notable. Pero mire Treillard, hacia una mujer de esa



clase, hace falta no sentir más afectos que los literarios... de no ser así, resulta uno estafado. ¡Cerebro magnífico, pero corazón pequeño!

— ¡Oh! Está usted equivocado, Bouloumier. Florisa posee un corazón admirable; lo que ocurre es que ese corazón aun no tiene dueño.

Salieron, después de estrechar la mano á Parisot, y Treillard, dejando á su compañero en la ventanilla de la caja, se fué por las calles, soñando en la señora de Sortais y en el manuscrito atado con una cinta de color violeta.

La Marquesa, desde la desaparición de su poeta, había sufrido diversas impresiones, y ninguna agradable. En un principio pensó que el enojo de Treillard duraría poco, y que, habiendo devuelto el manuscrito se presentaría personalmente, cualquier tarde, á recibir las gracias que merecía su trabajo. Al cabo de una semana tuvo, sin embargo, que creer que el disgusto del escritor era serio y que, para hacerlo volver á aquella casa tendría que dar algunos pasos. Estos pasos se manifestaron en forma de una invitación para comer, á la cual Treillard contestó con una tarjeta en la cual trazó dos renglones, excusándose, pero sin indicar el motivo.

Tal resistencia irritó vivamente á la señora de Sortais, que se dijo: — ¡Bueno! Que se quede en su casa. Allá se las arregle. Cuando se canse de la soledad, deseará volver aquí. Imagina, sin duda, que va á lograr más, por la rebeldía, que por la sumisión. Pues ya verá que se equivoca.

La Marquesa tuvo que confesarse que ella era la equivocada. Los castigos que preparara quedaban sin efecto, y su altivez se irguió en el vacío; le quedaba un recurso: enviar á su marido á casa del escritor. La cordialidad ruidosa que el Marqués manifestaba á los amigos de la casa, facilitaba mucho su intervención. Allí donde otro cualquiera hubiera podido parecer ridículo, él resultaba simpático. Se metió en el domicilio de Treillard, como hubiera podido meterse, con guardas, batidores, perros y sonando la trompa, en un vedado de caza. Desde la puerta de entrada, hizo retemblar las paredes del piso, con las explosiones de su voz:

— ¿Está? ¡Perfectamente! Dígale que el señor de Sortais viene á verle.

No le era fácil al escritor cerrar la puerta. Ya el Marqués, dejando á un lado á la criada, había forzado el paso más y casi penetraba en el gabinete de trabajo sin pedir permiso. Treillard, en persona, le abrió la puerta, y lo recibió sonriente.

— ¡Oh! ¡Oh! — exclamó el cazador hidalgo — ¿Es preciso que venga yo á acosar á usted hasta aquí? ¡Bueno! ¿Qué pasa? Mi mujer no comprende lo que sucede y me envía en busca de algunas explicaciones. ¿Han cometido con usted la más mínima desconsideración en mi casa? ¡De ningún modo lo toleraría! Siento la más profunda deferencia hacia el talento, y aspiro á imponer respeto en torno mío. Usted, señor Treillard, aun cuando no caza, es persona amable, y no me consolaría per-



diéndolo como amigo, ya que no ha querido ser mi compañero. ¡Vamos! Dígame ¿por qué no va á visitar á la Marquesa? Está desolada ¿sabe?... y nunca conviene disgustar á una mujer... Yo falto frecuentemente de casa... Por lo tanto, es indispensable que mi esposa tenga sociedad agradable, á fin de que la ayuden á soportar mi ausencia... Usted es de los que más le agradan. ¡Diablo! No me haga quedar mal, continuando retraído mientras yo corro por esos campos!... Precisamente estamos en la época de las cacerías á caballo. ¡Vamos! ¡No deje de ir! ¡Hágalo por mí!

Todo esto fué dicho con voz sonora que hacía estremecer los cristales, paredes y pavimento del gabinete; y todo iba acompañado de gestos y ademanes afectuosos, pero inquietantes para la seguridad de los frágiles muebles.

Treillard manifestó, sonriendo, que no tenía motivo alguno de disgusto y alegó, para justificar su ausencia, agobios de trabajo, apremiantísimo en aquellos días. Significó que viéndose obligado á concluir una labor de importancia, había tenido que encerrarse buscando en la soledad medios para dar cima á la obra comenzada. Por lo demás, se hallaba reconocido á las bondades que la señora de Sortais le venía dispensando, rogaba abincadamente que no se le juzgara un ingrato y se prometía, tan luego como se viera libre de urgencias literarias, tener el gusto de volver á los salones donde tanto le halagaba verse recibido. Reiteró al hidalgo cazador el testimonio de

su simpatía, y lo dejó irse penetrado de que ni había disgustos ni motivos para ello.

Cuando el Marqués llegó á su casa sufrió un desencanto. La Marquesa no compartió las creencias optimistas de su emisario. A las afirmaciones calurosas del marido, opuso silencio lleno de restricciones. Pero, según costumbre, el buen señor, no se desconcertó. Jamás se ocupaba en discutir las razones que tenía su mujer para proceder de tal ó de cual modo. Se limitaba á acatar órdenes y á obedecer indicaciones. Si para conseguir el resultado apetecido, había que hacer algo más, no era cuenta suya. La señora de Sortais, habituada á pensar, á resolver y á obrar por sí misma, no confió á su esposo el secreto del disgusto que experimentaba. De haberlo hecho, hubiera sido entrar en un camino que podía dar origen á comprobaciones desagradables. Además, ¿qué auxilio podía esperar, en el orden intelectual, de aquel ser vulgarote, al cual despreciaba profundamente?

Reflexionó que insistir más para atraer á Treillard, sería dar motivo para que este se formase altísima idea de su fuerza y valimiento. Decidió, pues, dejarlo á un lado, por el momento, y aprovechar ocasión favorable para reconquistarlo. Por supuesto, formó el propósito de hacerle pagar muy caras las contradicciones que le estaba haciendo sufrir. Y sin embargo, cuando menos lo esperaba, tuvo la prueba de que Treillard aun habiéndose retirado, seguía interesándose por ella. La carta en que Parisot la citaba, para



hablar acerca del manuscrito recibido, le produjo viva emoción.

Era la vez primera que iba á tratar con el gran editor. Hasta entonces, la Marquesa había publicado sus producciones en "casas de menos importancia. Por consejo de Treillard, resolvió cambiar de librero, abrigando el propósito de publicar sus obras completas. Ninguna ocupación podía antojársele más importante que la de asistir á la cita que le daba Parisot. Vistióse estudiadamente, con traje ni muy obscuro para no parecer demasiado seria, ni muy claro para no tener aspecto demasiado frívolo. Con el corazón más agitado que de costumbre, se presentó en las oficinas á las cuatro de la tarde y la hicieron pasar al despacho del secretario, que le recibió con amabilidad discreta. De un vistazo, la escritora examinó la presencia correcta, la barba argentada y fina y la mirada inteligente que brillaba tras los quevedos del funcionario. Comprendió que tenía necesidad de hacerse agradable á aquel caballero; tomó asiento, le dispensó el honor de sonreírle graciosamente, y le preguntó con voz dulce:

— ¿No tendré el gusto de ver al señor Parisot?

— Sí, señora; dentro de un instante. Ya han debido anunciarle la visita... Se complacerá mucho en recibirla... El señor Treillard le habló extensamente de usted, anteayer...

La frente de la Marquesa se ensombreció. ¿Cómo? ¿Desde las primeras palabras, había de mezclarse en el asunto el nombre de Treillard? ¿No podía sus-

traerse á la tutela del literato? Y toda vez que él se rebelaba y no quería visitarla ¿no le quedaba á ella la satisfacción de demostrar que sabía andar sola, sin consejo y sin ayuda?

— ¿Y á propósito de qué, caballero, hablaron extensamente? — preguntó, con acento algo seco.

— Pues á propósito del libro de usted, señora, sobre el cual el señor Treillard llamó la atención de mi jefe... A esa circunstancia debe usted el verse singularmente favorecida, porque se rompió el turno establecido y se leyó el manuscrito de usted, saltando por encima de otros que esperaban antes...

— Y... ¿quién ha leído el libro?...

— El señor Parisot no delega jamás esa tarea. Se llevó el manuscrito á su casa... Aquí no tiene tiempo para leer. Y, con arreglo á las instrucciones que me dió, tuve, señora, el honor de escribir á usted...

— ¿Hay motivo para que yo crea que el señor Parisot ha quedado satisfecho?

— Sin duda alguna, señora. Si no le hubiera agrado y hubiese habido que devolver el original, ya habría yo recibido el antipático encargo de cumplir esa misión. Desde el momento en que el señor Parisot se reserva el cuidado de hablar con usted, es porque sólo tiene que decir cosas agradables.

En aquel instante, y sin que la Marquesa tuviera tiempo para terminar la sonrisa que había iniciado, se abrió la puerta del gabinete y un hombrecito, completamente afeitado y cubierto con sombrero de



anchas alas, entró muy decidido, se dejó caer en una butaca y gritó, con voz estrepitosa:

— ¡Estoy reventado! ¡No puedo más! ¡Llevo vomitadas, en un mes, doce mil líneas! ¡Qué oficio más perro!

Se levantó de un brinco, miró asombrado á la señora de Sortais, saludó con azoramiento, y dijo:

— ¡Oh! ¡Perdón! ¡Señora! ¡No la había visto! ¡Si usted supiera lo que es tener una novela atravesada en el estómago!

La Marquesa se echó á reír:

— Comprendo el alivio de usted, caballero, á juzgar por la energía descriptiva...

El secretario se inclinó hacia la señora de Sortais y presentando, con burlona cortesía, al recién llegado, pronunció ante la linajuda dama, distraída y admirada, el nombre de uno de los novelistas más brillantes de la nueva generación.

— ¡Ah! caballero — añadió la Marquesa. — Nadie, leyendo las obras de usted, se atrevería á suponer el esfuerzo que le cuestan al autor, juzgando por lo que usted acaba de manifestar...

— Es usted amabilísima, señora...

El literato, lleno de curiosidad, aguardaba algún dato para saber con quien tenía el gusto de hablar; pero, el ordenanza de la oficina, cortó la entrevista, abriendo la puerta y anunciando á la dama que el señor Parisot la estaba esperando. Apenas volvió la espalda la poetisa, el novelista soltó la pregunta que le quemaba los labios:

— ¿Quién es?

— La señora Marquesa de Sortais, — contestó el secretario.

— ¡Una aristócrata! ¡Mil diantres! ¿No pudo usted advertírmelo?... ¡Me ha dejado, ante esa señora, revolcarme en la abyección!

— ¡Ah! Querido amigo, principió usted á desbarrar antes de que yo tuviera tiempo de abrir la boca.

— ¿Escribe, esa Marquesa?

— Sí. Es la autora del libro titulado: *Hechicerías amorosas*.

— ¡Ah! ¡Caramba! Sí, un librejo místico-sensual, en el cual la espiritualidad iba amalgamada con la concupiscencia. Se me antoja que esa dama es más... coqueta que escritora. Y ¿van ustedes á editarle alguna obra?

— Treillard la recomienda...

— ¡Oh! ¡Treillard! ¡Otro acólito de la iglesia mundana! ¡Hace muy bien! En literatura, ante todo, es preciso contar con buenas relaciones. Por lujo, se puede tener talento. Pero esto no es indispensable.

Durante esta conversación, la señora de Sortais había entrado en el despacho de Parisot. El editor se levantó apresuradamente, le ofreció una butaca, volvió á sentarse ante el bufete, tomó el manuscrito de *Visiones ardientes*, y fijando en la Marquesa la mirada escrutadora, exclamó con acento tranquilo:

— He leído estas cuartillas, señora. Si me las hu-